

PROYECTO DE DECLARACION

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA

Su más enérgico repudio a la violación del espacio aéreo de la República de Lituania por parte de aeronaves militares de la Federación de Rusia, hecho ocurrido el día 23 de octubre de 2025, constituyendo una grave agresión a la integridad territorial de un Estado soberano y miembro de la Unión Europea y de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), y una peligrosa provocación que atenta contra la paz y la estabilidad del continente europeo.

Asimismo, expresa su plena solidaridad con el pueblo y el gobierno de la República de Lituania, así como con las naciones bálticas y europeas que enfrentan la amenaza de la expansión autoritaria del régimen de Vladimir Putin, reafirmando el compromiso de la República Argentina con el respeto al derecho internacional, la autodeterminación de los pueblos, la defensa de la libertad y la preservación del orden internacional basado en normas.

Finalmente, hace un llamado a la comunidad internacional a sostener una postura firme y coherente frente a los actos de agresión, intimidación o violación de soberanía perpetrados por regímenes que buscan imponer por la fuerza un revisionismo geopolítico contrario a los principios de libertad, soberanía y paz entre las naciones.

Firmante: Gerardo Milman.

FUNDAMENTOS

Señor presidente:

La presente declaración se propone expresar, con la contundencia moral que exige la hora internacional, el repudio del Congreso de la Nación Argentina a la nueva agresión de la Federación de Rusia contra un Estado soberano de Europa, en este caso, la República de Lituania, mediante la violación deliberada de su espacio aéreo por parte de aeronaves militares.

Este episodio, ocurrido el 23 de octubre de 2025, en el que un caza SU-30 y un avión de repostaje IL-78 penetraron el espacio aéreo lituano, no puede considerarse un hecho aislado o accidental. Se inserta, por el contrario, en una larga cadena de provocaciones, ensayos militares, incursiones aéreas y maniobras de intimidación que la Rusia de Vladimir Putin despliega sistemáticamente sobre las fronteras de Europa libre desde el inicio de su invasión a Ucrania en febrero de 2022.

Lituania, al igual que Estonia, Letonia y Polonia, se encuentra en la primera línea de ese conflicto híbrido que combina acciones bélicas, operaciones psicológicas, desinformación, sabotajes y ataques cibernéticos. Lo que se ha producido en los cielos lituanos no es sólo una violación territorial: es una advertencia política. Es el lenguaje del poder autoritario que mide, tienta y desafía la capacidad de respuesta de las democracias occidentales.

Desde la caída del Muro de Berlín, Europa había creído clausurada la era de los imperios que expanden sus fronteras por la fuerza. Sin embargo, Putin — heredero ideológico del expansionismo soviético— ha resucitado una lógica de dominación territorial que desprecia la soberanía ajena y niega la legitimidad de las naciones libres que emergieron del yugo comunista. Rusia no actúa como un Estado normal: actúa como una potencia revisionista que busca redibujar las fronteras de Europa en nombre de una supuesta "restauración histórica".

Esta agresión, aunque de duración breve y extensión limitada —unos 18 segundos y 700 metros—, reviste un enorme significado político. En el tablero geopolítico, los símbolos valen tanto como los hechos. Una incursión militar no

accidental constituye una prueba de límites, un ensayo de tiempos de reacción, un mensaje cifrado hacia Occidente: "Estamos dispuestos a cruzar la línea". Y ese mensaje debe ser leído con la gravedad que impone el contexto global.

El sistema internacional atraviesa un momento de crisis de autoridad moral y de disuasión. La invasión rusa a Ucrania, la connivencia de regímenes autoritarios como Irán o China, y la inacción cómplice de ciertos organismos multilaterales han erosionado los principios básicos del orden liberal internacional que, desde 1945, garantizó —con sus luces y sombras— el equilibrio entre libertad, paz y progreso.

La agresión a Lituania no es un asunto lejano o ajeno a la Argentina. Quienes creemos en la libertad como valor universal entendemos que toda violación a la soberanía de una nación libre constituye una afrenta al principio mismo que sostiene nuestra independencia. Defender la soberanía lituana es, en el fondo, defender la soberanía argentina, porque el respeto a las fronteras, al derecho internacional y a la autodeterminación son condiciones indispensables para la paz global y para la vigencia de la libertad entre las naciones.

El régimen ruso, que combina autoritarismo interno con expansionismo externo, utiliza la fuerza como instrumento político y el miedo como herramienta diplomática. Ha convertido el revisionismo imperial en política de Estado y la violación de la soberanía ajena en un acto cotidiano. Frente a eso, la tibieza o la neutralidad no son opciones morales, sino formas encubiertas de complicidad.

Lituania, Estonia, Letonia y Polonia —pueblos que padecieron durante décadas el totalitarismo soviético— hoy vuelven a vivir bajo la sombra de un vecino que no reconoce su derecho a existir como naciones libres. Cada vuelo no autorizado, cada dron derribado, cada misil sobrevolando el Báltico es un recordatorio de que la libertad no se hereda: se defiende día a día, con convicción y con coraje.

La Argentina, que se honra en pertenecer al mundo occidental y democrático, no puede guardar silencio ante estas provocaciones. Nuestra historia y nuestros valores nos obligan a pronunciar una palabra clara. No se trata de elegir bandos en una contienda geopolítica, sino de afirmar principios universales: el respeto al derecho internacional, la integridad territorial de los Estados, la libertad de los pueblos y la condena sin ambigüedades a toda forma de agresión imperialista.

La libertad no es una consigna: es una responsabilidad. Y la política exterior de un país que se pretende libre no puede ser equidistante entre la víctima y el agresor. Las democracias deben sostenerse entre sí, especialmente cuando son puestas a prueba por regímenes que desprecian el Estado de Derecho y se amparan en la violencia.

El presidente lituano Gitanas Nausėda y la primera ministra Inga Ruginienė han actuado con firmeza y serenidad, reafirmando que su país no cederá ni un centímetro ante las amenazas. Esa determinación, respaldada por la OTAN, merece el reconocimiento y la solidaridad del mundo libre. Cuando un Estado democrático defiende su territorio frente al autoritarismo, defiende algo más que sus fronteras: defiende el orden civilizatorio que separa la ley de la fuerza, la república del despotismo.

La libertad no necesita ejércitos que invadan, sino instituciones que protejan. La diferencia entre Rusia y Lituania es, en última instancia, una diferencia moral: mientras uno utiliza la violencia para imponer obediencia, el otro utiliza la ley para garantizar derechos. Por eso, defender a Lituania es defender la idea misma de Occidente, la cultura política que antepone la dignidad individual al poder del Estado.

El conflicto en curso nos recuerda que las guerras del siglo XXI no se libran sólo con tanques y misiles, sino con desinformación, chantaje energético, sabotaje cibernético y presión diplomática. Rusia practica una "guerra híbrida" que combina todos esos elementos para desestabilizar a las democracias. En ese sentido, cada violación del espacio aéreo europeo es también un ataque a la confianza y a la seguridad del sistema internacional.

El silencio frente a esas agresiones no trae paz: trae impunidad. Y la impunidad, en geopolítica, siempre engendra más violencia. La experiencia histórica demuestra que los regímenes autoritarios sólo retroceden cuando se encuentran con la resistencia moral y material de las democracias unidas.

La Argentina tiene el deber de pronunciarse. No por oportunismo diplomático, sino por convicción republicana. Porque los valores que hoy se ponen a prueba en Europa —libertad, soberanía, integridad territorial, respeto a la ley— son los mismos que dieron sentido a nuestra independencia y a nuestra Constitución.

En tiempos de confusión, la claridad moral es una forma de liderazgo. Y frente a la expansión de los regímenes autoritarios, el liderazgo moral de las naciones libres se expresa, ante todo, en la palabra: la palabra que nombra la injusticia y la condena sin temor.

Por ello, señor presidente, solicito a mis pares el acompañamiento de este proyecto de declaración, convencido de que la libertad de los pueblos no se negocia, la soberanía no se fragmenta y la paz no se construye sobre la claudicación.

La Argentina, desde su voz parlamentaria, debe decir lo que el mundo libre espera escuchar: que ningún poder, por grande que sea, tiene derecho a imponer por la fuerza su voluntad sobre otro Estado soberano.

Y que las naciones que amamos la libertad no retrocederemos jamás ante el avance del autoritarismo.

Firmante: Gerardo Milman.